

Habiendo evitado el obstáculo, invita á todos los enfermos de Tébas á levantar de nuevo la cabeza y respirar un aire que su presencia no contaminará ya; por un resto de real solicitud, recomienda á las personas que le circundan el inmediato socorro de los enfermos cuya situación es desesperada; por último sale, llevándose consigo todos los males que afligian á Tébas; y aquí concluye. El coro nada dice, y termina la lectura. Los amigos de Séneca, encuentran su tragedia muy superior á la de Sófocles. Que el lector compare.

Reflexionemos, como era costumbre en el teatro de Atenas, cuando se representaba el *Edipo rey*, obra de fe y de genio. La religión y la poesía de la Grecia podían igualmente honrarse con tal tragedia; esta como de una tradición pura de los tiempos antiguos, aquella como de una obra en que el hermoso rostro del hombre de Homero no hacía aun las contorsiones que se han visto en Séneca. En los tiempos de Sófocles el genio no está aun en lucha con la fe popular; al paso que en tiempo de Séneca, el genio, si existe, se burla de las creencias, ó bien celebra con ellas una paz mentirosa para no indisponerse con los potentados. Pero entonces las grandes inspiraciones se retiran de los libros, y dan lugar á los pensamientos agudos, última y estéril forma de la inteligencia humana antes de la barbarie y la confusión de las lenguas; á los pensamientos agudos que se encargan de hacer los funerales de las más insignes literaturas. Por lo tanto, no conozco mayor consuelo para un hombre, si bien en desacuerdo con sus contemporáneos, que este estudio retrospectivo á las grandes épocas de unidad religiosa y literaria, cuya más completa expresión es el *Edipo rey*.

Esta tragedia de Sófocles pertenece á la era felicísima de la Grecia, que Montesquieu juzgó diciendo, que en ningún otro país del mundo los grandes hombres se habían presentado tan pronto ni en tanto número. En ella se encuentra lo que cambia y lo que no cambia; lo que es de un tiempo, de un país, y lo que es de todos los tiempos, de todos los países; lo que contribuye á que la creación de un hombre de genio sea á un tiempo propiedad de una nación y propiedad de la humanidad. En nuestros tiempos, en que no comprendemos el fatalismo de los Griegos, que era nada menos que el poderoso mecanismo de su escena, no podemos separar siempre al hombre de la naturaleza del hombre fatal, que su religión inexorable va á nerir en el *Edipo rey*, y al que dominará en todos sus puntos, en su conciencia, en su voluntad, en su responsabilidad. Pero el poeta abandonará á esta religión el tirano incestuoso y omnipotente en la tierra, porque está lleno de respeto hacia la tradición y las creencias nacionales, reteniendo para sí y para la humanidad el tipo eterno é inalterable del hombre bueno, lleno de debilidades, de lágrimas, de melancolía; de modo que al mismo tiempo es-

cribe para su siglo y para todos los siglos.

La peste aflige á Tébas (acto I); los pueblos mueren, y nadie sabe por qué los dioses se ensañan contra los hijos de Cadmo. Esto les ha hecho reunirse delante del palacio de Edipo, llevando ramas de olivo, é implorando el socorro de aquel que, inmediatamente después de los dioses, posee la ciencia y el poder. No sé hasta qué punto la maquinaria escénica fuese en Atenas favorable á las ilusiones teatrales; pero es creíble que para las imaginaciones atenienses debía ser un magnífico espectáculo aquella prostración de todo un pueblo enfermo ante la antigua morada de sus reyes, aquella ciudad llena de incienso, de gemidos, de himnos religiosos; aquellas frentes de niños, de jóvenes, de ancianos, adornadas de cintas y guirnaldas de flores; á lo lejos los templos de Pálas y el altar de Apolo rodeado de una multitud suplicante, y en el umbral del palacio, el rey de la antigua era monárquica, que sale á visitar á sus pueblos, á tocar sus llagas, á buscar los medios de reconciliarse con los dioses. ¿Quién sabe si se habrá perdido con tantas otras preciosidades en los saqueos de la Grecia algún bajorrelieve que representase esta pintura, escrita por la mano de Sófocles?

Al lado de Edipo, que representa aquí los poderes benéficos y el prestigio inmenso del reino, aparece en el mismo plano la figura del anciano sacerdote de Júpiter, rodeado de sacrificadores, encanecidos como él en el *servicio de los dioses*. Los pueblos postrados en el *polvo de los templos* le han rogado que haga llegar el grito de sus dolores á los oídos de la majestad visible y mortal de Edipo. Este grito había penetrado hasta el corazón del rey, el cual invita al anciano sacerdote á que hable. El esclavo del dios, pudiendo hablar francamente con los reyes, muestra á Edipo todos aquellos enfermos abandonados por los dioses; la hermosa Tébas, la ciudad de las siete puertas que se entregó á él por haber explicado un enigma, « postrada en la enfermedad, sin poder ya levantar la cabeza en medio de aquel mar de sangre. » El anciano sacerdote le hace una pintura breve y triste de la peste que va asolando á Tébas, y su lenguaje abunda en imágenes tomadas de las fuentes religiosas. « La peste es un dios enemigo; el negro Plutón se enriquece á costa de nuestros llantos y gemidos. » La descripción es breve, porque Sófocles es hombre de buen gusto y sabe que no conviene entorpecer la marcha de la acción. El gusto en el hombre de genio lo constituye el no abusar de la fuerza y la fecundidad; el genio, además de producir, elige.

El sacerdote de Júpiter está lleno de benevolencia hacia este rey, adivino de enigmas, que por su prudencia y doctrina, así como por el insigne favor de los dioses, fué nombrado pastor de los pueblos. Con palabras sencillas y graves, le recuerda sus deberes de rey, y le dice que Tébas aguarda por segunda vez su salvación

del « hombre cuya sabiduría no procede de los mortales, sino de los dioses. » Y esta especie de súplica colectiva, dirigida á Edipo por el sacerdote en nombre de una multitud contristada, este llamamiento á las virtudes benéficas del reino, en que respiran el amor y la fe monárquica de aquellas primeras edades, termina con la razón de Estado, con la mayor política expresada en esta sencilla imagen: « Un hermoso reino sin súbditos es inútil para un rey, como una fortaleza sin soldados ó un bajel sin marineros. »

Pero Edipo no falta á sus deberes. El jefe del Estado, de quien Homero ha dicho que no le convenía dormir toda la noche, no ha aguardado á que los gritos de su pueblo fuesen á despertarle en su lecho. « Aunque sano de cuerpo y de espíritu, está más enfermo que sus hijos, pues que todo el peso de las calamidades públicas cae sobre su cabeza real; de consiguiente tiene que soportar los males propios y los de su pueblo. Edipo acude al único medio de cura, que los dioses mismos han indicado á la impotencia humana; se dirige á los oráculos, y de orden suya Creonte marcha á Delfos. Entretanto se espera su retorno y la respuesta del dios.

Creonte llega coronado de laurel, como nuncio de buen agüero. Teme exponer en presencia del pueblo la ambigua respuesta; sin embargo, insistiendo el rey, habla; el oráculo es conocido; se trata de expiar la muerte de Layo, y de buscar al matador. Edipo toma la cosa con empeño, cual cumple á un rey piadoso y prudente, que debe satisfacer con el castigo del asesino las dos justicias, divina y humana, y se dispone á procurar la reparación de una falta de justicia vergonzosa para un pueblo, como « poco confortante para los reinos presentes y futuros. » Esta palabra terrible, de buena fe, hace estremecer. Ha llegado ya la hora en que el poeta va á abandonar la gloriosa y efímera dignidad de Edipo al ciego dios que la pide, y que le cegará y destronará contribuyendo su doloroso abatimiento á que sea en cierto modo más humana y tierna.

Los cantos del coro corresponden al efecto sencillo y profundo de estas hermosas escenas. Los ancianos de Tébas suplican á las tres divinidades que protegen á los hombres contra todos los males, Apolo, Diana y Minerva, la *áurea hija* de Júpiter, que libren al país de la peste, *abominado* dios del aliento envenenado, segundo Marte que ha venido *sin espada ni escudo* á destruir al pueblo tebaso.

La poesía, descendida del trono de los dioses á los libros de Homero, hermosa con todas sus armonías originales, se muestra en los coros de Sófocles más adornada y más docta, pero todavía sencilla. Eurípides introducirá en ella la filosofía y la paradoja.

Mientras canta el coro, el rey, ministro de la justicia divina, está en pie, en medio de sus pueblos, vacilando tocante al oráculo y turbado

en su elevada fortuna por estas tres palabras de la sacerdotisa de Delfos: *Es preciso buscar y castigar al asesino de Layo*. Siente pesar sobre él la mano del divino é invisible agente, que le propondrá como la Esfinge su enigma para que lo explique, bajo pena de muerte; pero á lo menos el desafío del monstruo de la Beocia era legal, al paso que el dios Destino es un dios injusto, que devora hasta á los adivinos del enigma.

El coro concluye, y la voz grave de los ancianos de Tébas cesa de oírse, sin que haya llegado aun á los dioses, quienes no deben intervenir en los asuntos del Destino. Los pueblos guardan silencio; Edipo sale de sus meditaciones para disponer cómo ha de procederse á la indagación exigida por el oráculo. El rey, que empuña el cetro, representa allí todas las justicias de la tierra; además es sacerdote, y bajo tal concepto le ha sido cometido por los dioses el poder de la excomunión. Mientras Edipo no es más que juez, su palabra es severa, imperiosa, régia; pero no tiene las formas consagradas de que se reviste al excomulgar. El rey ordena al culpado ó á los culpados descubrirse, hablando por insinuación á fin de obtener confesiones voluntarias; en seguida, después de una tremenda pausa, se recoge y toma de nuevo su carácter de sacerdote para amenazar en nombre de una justicia sin piedad ni clemencia la justicia divina. Entonces pronuncia el anatema en toda la fórmula religiosa, y hay un momento de profundo terror, hasta para nuestras almas, en que no influye el encanto del arte; cuando el incestuoso monarca, pobre juguete del ciego dios, pronuncia su propia sentencia, y corre hacia el *inevitable ἀφικτον*: el anatema está lanzado, sin que obtenga ninguna respuesta por parte del pueblo. El coro, que lleva la voz de todos, responde que se somete á la maldición, pero que no tiene culpas que confesar; entretanto la acción marcha; el Destino grita á Edipo: *Adelante, Adelante*. Los dioses indudablemente saben lo que los hombres ignoran; conviene, pues, llamar al anciano Tiresias, que, aunque ciego, sabe más cosas que todos los iluminados. El adivino es conducido ante el rey.

Nos encontramos en presencia de dos hombres, que representaban á los ojos de aquellos pueblos sencillos y religiosos la autoridad, la ciencia y la prudencia. Uno de ellos es rey, y empuña el cetro, símbolo del poder material; con este trozo de madera sin corteza ni hojas, como dice Homero, el rey Ulises hería la espalda y los hombros del pobre soldado Tersites. El otro es el siervo de los dioses, á veces más poderoso que el señor de los hombres. El rey no puede herir al adivino con su bastón, pues el anciano extendería las manos hacia Dios, como hace en Homero, pidiéndole socorro y asistencia contra los príncipes de la tierra. El adivino no empuña cetro ni espada, pero tiene un arma más poderosa, de que se sirve

para defender del ultraje sus cabellos blancos; tiene la oración.

El rey y el adivino poseen ambos la inteligencia y la ciencia; los dos saben descifrar enigmas; pero los dioses no conceden á los hombres, sean reyes ó súbditos, al conocimiento de las cosas, sino en raros intervalos y por una gracia momentánea, mientras que el hombre de los dioses lo posee en todos tiempos, porque ha bajado á él desde el cielo. Los dioses le han privado de la vista para que estuviese más unido á ellos que á los hombres; sin embargo, es hombre por su cuerpo y sus sentidos, tiene el sentimiento de los dolores humanos, y como en lo futuro prevé calamidades para los mortales, se llama infeliz á causa de este conocimiento. Puesto bajo la mano del dios que mueve su lengua, aun en los casos en que él desearía callar, Tiresias se queja de su divino servicio, y aceptaría la ignorancia en cambio de la ciencia, si fuese posible que los dioses quitasen este don fatal á las personas que lo han recibido. El rey y el sacerdote son dos grandes figuras de este drama, que al cabo tomarán un carácter verdaderamente divino, no bien la calamidad haya hecho del tirano un hombre tan santo como el sacerdote, y entonces no podríamos ya separar una de otra estas dos cabezas sublimes, heridas de ceguera por los dioses.

La escena entre el sacerdote y el rey es verdaderamente bíblica, tanto que se creería sacada del libro de los reyes, á causa de su magnífica sencillez. Poca distancia hay de la leyenda griega á la leyenda hebraica. La Grecia era, como la Judea, país de los profetas errantes y ciegos; lo mismo que en la Biblia, el rey manda venir al hombre de Dios para saber de sus labios la verdad, y el hombre de Dios no puede mentir, aunque sepa que la verdad desagrada á los oídos de los reyes, y que es una temeridad en una persona débil y anciana como él hablar mal delante del que tiene cetro, espada y soldados para ejecutar su voluntad. Pero si esta vez vacila en decir la verdad, no es porque le falte valor, pues que no reconoce por su jefe al señor de los hombres, al rey; sino porque no gusta de anunciar desgracias, y porque los dioses le han hecho el más infeliz de los hombres concediéndole la prevision de lo futuro, sin quitarle su corazón humano; el anciano adivino posee el sentimiento de nuestros dolores, precio por el cual los dioses venden á los hombres la ciencia; de ahí su sublime repugnancia á decir la verdad. El profeta tiene su lengua encadenada, permanece inmóvil como la piedra, y para hablar como Edipo que le injuria, su obstinación irritaria un corazón de mármol; el tirano, á quien la cólera vuelve estúpido y recefoso, no comprende aquel silencio lleno de compasión del hombre de Dios.

« Que me conduzcan de nuevo á mi casa, » le dice el anciano ciego. Pero un dios le impide

moverse y este dios es el Destino, que ha cambiado al rey de suave y prudente índole en un tirano curioso, antojadizo, vano, insolente, á fin de que, á fuerza de ultrajar al profeta, le obligue á decir lo que quería callar. El poeta deprime al monarca para sublimar al sacerdote. El espíritu de Dios en su siervo combate con la inteligencia limitada y apasionada en el hombre; esto es, la calma impasible del profeta se sobrepone á la cólera de las testas coronadas.

« La verdad está en mí. » dice el adivino del paganismo; ¿ qué decían los profesores de la Judea? En fin, las injurias del tirano vencen la longanimidad del sacerdote; y deja que la verdad salga de sus labios, como, según refieren los antiguos, salía de los de la profetisa de Delfos cuando el dios se enseñoreaba de esta débil mujer. Aquí también, según acontece en la Biblia, el dios llena el espíritu del profeta de imágenes y de poesía, que brota de sus labios á torrentes. Entonces no predica más, sino relata lo que ve, lo que oye, porque el anciano ciego tiene buenos oídos, y ve al través de sus cerradas pupilas mejor que el rey con sus buenos ojos. Ve y oye en lo presente lo que los demás hombres no ven ni oírán sino en lo futuro; ve vagar por los montes y valles á un mendigo ciego, reducido á la pobreza de rico que era, sostenido por un bastón, vacilante después de haber llevado la cabeza tan alta. Sus hijos le llaman hermano, su esposa le llama hijo; el adivino oye que alguno se queja y gime sobre el Citeron, y es aquel hombre: escucha los lamentos y las maldiciones de los hijos del propio padre; son los hijos de aquel mismo hombre; los pueblos de la Grecia refieren cosas espantosas; hablan de él. — El ciego acaba de profetizar, manda al guía que le conduzca á su habitación y el coro canta.

Al ver el modo lírico y desordenado cómo principia, se diría que el espíritu profético de Tiresias se ha propagado también á los austeros ancianos de Tebas, que con sus maldiciones persiguen al delincuente, al hombre rebelde á la ley que Tiresias prevé en lo porvenir. Pero luego se calma esta exaltación, poniéndose los ancianos á reflexionar sobre la verdad de las predicciones y de las profecías. Sin duda entre ellos hay hombres de más ó menos experiencia; pero ninguno posee la ciencia absoluta, la ciencia de Júpiter y de Apolo; por eso el coro se resiste á considerar como asesino al que obligó á la Esfinge, joven alada, á confesar la ciencia, tanto más cuanto que Edipo es hijo de Polibo y no de Layo. Creemos que se acerca una peripecia; pero el adivino es tratado de impostor, expulsado, como los profetas de Jerusalem lo eran por los reyes. ¿ Quién, pues, castigará á aquel despota colérico, que ha maltratado de tal manera al anciano siervo de Apolo? ¿ El mismo Edipo, á quien los dioses encargaron de ser acusador y juez de sí propio!...

Creonte, hermano de Yocasta, viene á justifi-

carse ante el pueblo, sabedor de que el rey le acusa de connivencia con el adivino Tiresias para despojarle de la corona. Su defensa está llena de nobleza y dignidad. El coro, fiel al espíritu de paz y de reconciliación, excusa cuanto puede á Edipo. Creonte hace mal en dirigirse á él para tener explicaciones, pues que el pueblo no penetra en las acciones de los poderosos, se apasiona poco, contentándose con decir humildemente lo que le parece bien. En consecuencia, le envía á Edipo, el cual llega en aquel instante, y presenciando otro litigio; la soberanía tebana se va empequeñeciendo á medida que adelanta la acción del drama. Edipo no es ya más que el usurpador inquieto de un Estado de cortas dimensiones, que ve por todas partes conspiradores y ladrones de reinos. Creonte aparece superior á él, porque es dueño de sí mismo, y contrasta con un hombre apasionado. Su defensa es un verdadero tipo de justificación, al uso de los príncipes de la sangre, expuestos por su calidad de herederos presuntivos, y acusados de no aguardar la reversibilidad natural del trono. Así el coro confiesa que ha hablado sabiamente, y Edipo concluye que ha merecido la muerte. Creonte no se conforma con esta sentencia, pretendiendo, como descendiente de la antigua familia de los reyes tebanos, no hallarse obligado á ejecutar todos los caprichos de aquel rey de elección. La disputa se acalora, y termina como toda cuestión entre el superior y el dependiente, entre el fuerte y el débil; el fuerte recurre á la violencia, el tirano levanta el bastón y va á herir á Creonte; cuando llega de improviso Yocasta, la cual reprende á su marido y á su hermano lo impropio de semejantes rencillas de familia en medio de las desgracias públicas. Creonte toma á su hermana por testigo de la violencia de Edipo, y este persiste en sus brutales acusaciones; pero intervienen Yocasta y el coro. Todo el drama se anima por un momento con las pequeñas pasiones humanas; el desorden está en la casa, los pueblos sufren, los reyes se quejan. ¿ Quién restablecerá la paz? La religión, la apelación á los dioses mediante el juramento. ¿ Quién protegerá al súbdito contra el monarca? El juramento. Creonte invoca la justicia de los infiernos sobre su cabeza, en caso de prevaricar; y el tirano cede á la majestad de los dioses. El coro le invita á respetar á aquel que se ha hecho grande, santo con el juramento; y Edipo perdona.

El rey permanece con Yocasta, y su cólera se evapora. Esta es la última vez que malignas pasiones de rey han encontrado espacio en aquel corazón, que todos los dolores humanos juntos van en breve á llenar. La grande y tremenda indagación prosigue en medio de un terror creciente; hay sin embargo para estos dos seres, objeto de la maldición de los dioses, é impulsados á conocerse el uno al otro, fugitivos instantes de quietud moral, en que tratan de aturdirse en su elevada fortuna. Al principio la fuerza

moral está aparentemente de parte de la mujer; pero esta fuerza es el resultado de su frialdad, por creerse Yocasta señora del alma aterrorizada de Edipo; y en efecto, Edipo, hombre del destino, favorece esta opinión, pues teniendo la sed de investigar, enfermedad de los adivinos de enigmas, Yocasta se burla de los oráculos y aconseja á su marido que haga lo propio; así esta mujer ligera, de cortos alcances, de fútiles razones, es arrastrada, sin saberlo, á despertar las espantosas conjeturas de Edipo. ¿ De dónde nace la lucha de Edipo y de Creonte? De la muerte de Layo. ¿ Quién habla de estas cosas? Creonte. ¿ De quién las sabe? De Tiresias. ¿ Qué ha dicho Tiresias? Que el matador era Edipo. Yocasta, cuya lengua es movida evidentemente por un dios, cuenta con una indiferencia y una ligereza que hacen estremecer, cómo Layo burló el oráculo de Apolo exponiendo á su hijo en el Citeron, y cómo el mismo Layo fué muerto por salteadores en el punto donde se cruzan los tres caminos; todo esto para probar que los adivinos y demás gente de su calaña son impostores. Yocasta es demasiado libre é irreligiosa para mujer; pero habla de los ministros de Apolo y no del dios en persona, cuidando de hacerlo saber. No obstante, un extremo del velo está levantado; esta palabra, tres caminos, conmueve el alma de Edipo; es la mano de hierro del dios ciego que oprime al infeliz rey; es la poderosa mano de Minerva que coge por los cabellos á Aquiles y le obliga á envainar la espada.

« ¡ Oh Júpiter! ¿ qué quieres hacer de mí? » exclama el pobre Edipo; y cual si el dios le gritase en efecto: *Busca, busca*, dirige mil preguntas á Yocasta, escucha, piensa, recuerda, prevé, como por una acción única de su entendimiento; de manera que aquel adivinador de enigmas no ha adivinado nunca tan pronto. ¿ Qué espantosa historia lee en lo pasado? ¿ Qué extraña mutación se nota en su rostro, pues que Yocasta tiene miedo ya de mirarle? Edipo ve ahora en lo pasado como el anciano Tiresias en lo porvenir; ve los tres caminos de Yocasta que son los suyos, el Layo de Yocasta es el suyo, los cinco compañeros de viaje, el heraldo, el carro único; ve todo lo que ha visto, y exhala uno de esos gritos imposibles de traducir: « ¡ Ay! ¡ ay! todo está descubierto: »

At. αι, τῆδ' ἤδη διαφανή.

¿ Ha concluido, pues, el drama? No; como tampoco concluyó después de las profecías de Tiresias. Edipo ha entrevisto lo pasado, debe verlo, tocarlo con su mano, sentirlo; debe, en virtud de las férreas leyes del drama, pasar por todas las angustias de esta terrible indagación, empezar su suplicio con la prueba moral, y terminarlo con la prueba material. Repitémoslo; el dios Destino es una pérfida divinidad que no mata de golpe, sino después de una dolorosa agonía.

El intrépido investigador pone de nuevo manos á la obra. Al ser muerto Layo, uno de los sirvientes de este príncipe había logrado salvarse huyendo. Edipo pregunta si se encuentra en el palacio, para enviarle á llamar; pero Yocasta le dice que aquel hombre no había querido quedarse en Tébas, una vez muerto su señor, y que le había rogado, *tocando su mano*, que le mandase á los campos á custodiar los rebaños, con objeto, decía, de vivir lejos de la ciudad; sublime discreción, de que no hubiera sido capaz un cortesano. Esperando la llegada de aquel hombre, Edipo cuenta á Yocasta su aventura de los *tres caminos*; relato que tiene toda la sencillez é ingenuidad de la leyenda:

« Mi padre es Polibo de Corinto y mi madre la Dorense Merope. Yo era considerado en Corinto como el primero de todos los ciudadanos, ántes de que sobreviniera un acontecimiento sorprendente sin duda, pero que no merecía las inquietudes que me ha causado. En medio de un banquete un hombre ebrio me dijo en el calor del vino, que yo no era hijo de Polibo. Trabajo me costó refrenar mi cólera é impaciencia aquel día; al siguiente fui á ver á los autores de mis días y les conté todo. Ellos se mostraron indignados de semejante insulto; pero si bien sus palabras me dieron alguna alegría, el ultraje recibido había penetrado demasiado adentro en mi corazón para no desgarrarlo. Sin que lo supiesen mis padres partí en secreto á Delfos. Apolo, á quien consulté, no se dignó contestar á mis preguntas; mas sí me anunció en términos claros cuanto hay de mas deplorable y horrible. Me dijo que me casaría con mi madre; que de esta unión resultaría una raza execrable á los ojos de los hombres, y que sería el asesino de mi padre. Apénas oí tan tremendo oráculo, cuando resuelto á abandonar á Corinto y á no medir en adelante la distancia á que me encontrase de aquella ciudad sino por la de los astros, huí hácia los puntos en que podría evitar el cumplimiento del fatal pronóstico. En mi fuga me acerqué al sitio en que, según tu relato, fué muerto Layo. No te ocultaré nada. Ya junto al lugar que reúne los tres caminos, un heraldo y luego un hombre idéntico al que acabas de pintarme, sentado en un carro, se presentaron á mi vista. El conductor, y hasta el mismo anciano, trataron de hacerme desviar á la fuerza. Furioso hería el atrevido guía, y el anciano, viéndome pasar cerca de su carro, me observó, y con su látigo me cruzó el rostro. Inmediatamente recibí el merecido castigo, que excedió á la injuria inferida; pues con el baston que tenía en la mano le aseté tal golpe que cayó de lo alto del carro y rodó por el polvo. Todos sus compañeros perecieron á mis manos. Si aquel extranjero tiene algo de comun con Layo, ¿quién hay mas infeliz que yo? ¿Qué mortal es mas odiado por los dioses? »

Sin embargo, aun espera no haber dado muerte á Layo. Próximo á reconocerse asesino de su padre y marido de su madre, se juzga ya

el mas sin ventura de los hombres, solo por haber manchado el tálamo de un extranjero á quien ha muerto.

Pero quizá no ha cometido ni aun este delito. Según la relación del pastor conocido en toda la ciudad, el Layo de Yocasta fué asesinado por muchos salteadores; el de Edipo por uno solo: además Layo debía perecer á manos de su hijo y Yocasta había estorbado el parricidio, mandando dar muerte á la criatura. « Riámonos, pues, de las profecías, dice la reina, prontamente repuesta de sus temores. Cree dominar aun á Edipo, pero en su lugar Edipo la domina á ella, pues que, acometido por un miedo que la curiosidad irrita, vuelve al propio tema, con la insistencia de un perro de Laconia. Quiere ver al pastor: « Hazle venir, dice á Yocasta, ó envía á buscarle sin falta. » Edipo, sofocado en esta penosa atmósfera de siniestras predicciones y memorias de asesinato, solo siente los dolores de la incertidumbre; al contrario de Yocasta, que llena de ligereza é incuria, se complace en el cuarto de hora de favor que el Destino le ha dejado, Edipo quiere adelantarse á su suerte.

No conozco nada mas elocuente ni mas oportuno que las palabras del coro despues de esta terrible escena. Pide á los dioses la gracia de conservar siempre el amor « de aquellas leyes bajadas del cielo, hijas de los dioses y no del hombre, que no pueden dormir ni velar. » Poco ántes trataba de tranquilizar á Edipo, estimulándole con tiernas palabras á no desesperar, á lo ménos hasta la llegada del pastor; poco ántes se estrechaba en torno de su rey, haciendo propia la causa de Edipo, y dándole gracias por los servicios de que le era deudora Tébas; pero desde las últimas frases que ha oído, se encuentra turbado; cesa súbitamente de tomar parte en el asunto, temiendo interesarse en favor de uno que pudiera estar reprobado por los dioses; se reviste de su majestuoso carácter de juez desinteresado, y por un sentimiento natural á los hombres de buena conciencia, la víspera de una catástrofe que está para vengar alguna violación de las leyes eternas, hace voto de no apartarse nunca de estas leyes, y de conservar la santidad de las palabras y de las costumbres. Pues ¿de qué le serviría dirigir solemnes danzas en honor de los dioses, si el vicio fuese honrado como la virtud? La alta poesía de este canto es mas admirable aun que su conveniencia. En él se ve algo de aquella piedad mezclada de egoísmo que nos induce á persignarnos cuando oímos blasfemar á uno que está á nuestro lado; y tambien algo de aquella necesidad mas noble que experimentan las almas honradas, de hacerse justicia cuando se acerca una desgracia que va á herir á los perversos. Lo repito, no hay palabras mas bellas ni mas religiosas, ni aun en los poetas hebreos, de los cuales se ha dicho que los ángeles debían entonar sus cánticos ante la faz velada del Eterno.

Yocasta aparece con la cabeza ceñida de guirnalda, dirigiéndose á implorar á Apolo en su templo. Ella, que se ha burlado ántes de los oráculos, se siente ahora sobrecogida de un súbito terror pánico religioso, y acude á los altares. « Todos tememos, dice al mirar á Edipo consternado, como el piloto de una nave en peligro: »

Ὡς νῦν ὀκνοῦμεν πάντες, ἐππεπληγμένον  
Κεῖνον βλέποντες ὡς κυβερνήτην ἰαῶς.

Estos dos versos pintan admirablemente la desolación de la familia, y aquella falta de fe en lo porvenir que se apodera de sus individuos, cuando la fuerza no procede de donde solía proceder, del hombre.

El pobre espíritu de esta mujer tan deprimido ahora lo veremos elevarse aun nuevamente; Yocasta se reirá todavía del oráculo, no bien empiece el dios Destino su expiación, cuando llegare la hora de lavar la ciudad de Cadmo de sus grandes manchas. Pero Yocasta es un pequeño personaje comparado con Edipo, hombre del destino; de consiguiente desaparecerá sin ruido, como el actor que sale de la escena cuando se ha concluido su papel. Se dará cuenta al público de que se ha ahorcado, lo cual basta para la piedad humana; pero solo le será concedido al ciego del Citeron obtener con la piedad de los hombres la de los dioses.

En el momento en que Yocasta se adelanta á implorar á Apolo, llega un mensajero de Corinto que anuncia la muerte de Polibo; y entónces, adios la devoción y los oráculos, adios el temor del parricidio. ¿Qué digo? Yocasta y Edipo se revisten de una segunda soberanía. Las alegrías tan fáciles y poco duraderas de esta infortunada reina nos hacen estremecer. Llega Edipo, que puede llamar aun á Yocasta su mujer; y nada hay mas tierno que este verso homérico con que la saluda. « ¡Oh querida cabeza de mi esposa Yocasta! »

Ὡ φίλατον γυναικὸς Ἰοκάστης κάρη!

Pronto no le será dado ni respetarla ni maldecirla. Él mismo interroga al mensajero, y entónces este drama tan grave y tan severo adopta el tono sencillo de la conversacion. Sin embargo, no se ha tratado nunca de asuntos mas importantes, ni nunca, para hablar en el sentido de la idea madre del drama, las régias majestades de la tierra han sido abandonadas mas completamente al desprecio y á la burla de los dioses. Tal es el secreto de Sófocles y de todos los hombres de genio, que jamas se sirven de medios tan sencillos como cuando está para ser mayor el efecto.

Edipo pregunta al mensajero, si su padre Polibo ha muerto violenta ó naturalmente; á lo que aquel responde que murió como mueren los viejos: « De esa ligera inclinación que adormece á los cuerpos debilitados por los

años. » — « Los grandes poetas (dice Chateaubriand) hablan admirablemente de la muerte; » esto es, del modo mas sencillo, como se ve en este verso delicioso. El poeta que escribía tales cosas, debía morir tambien de esa dulce inclinación de los viejos.

La noticia de la muerte de Polibo produce un cambio en Edipo, que pierde asimismo en el momento el respeto debido á los dioses, y se rie de los altares, de los oráculos, de los cantos de las aves: irreligion muy perdonable al que cree haber evitado un parricidio. Yocasta avanza mas que su esposo: « La prevision de lo futuro es una necedad: ¡cuán preferible es vivir descuidadamente como mejor se puede! » Los dioses han trastornado la cabeza á las dos majestades reales; pero el vértigo no durará mas que un instante. El rey Edipo es á manera del hombre á quien los dioses han tocado con el rayo; no se curará jamas. El oráculo ha mentido en cuanto al parricidio; pero el incesto, pero « Merope, su madre, que vive aun... » El mensajero nota esta última palabra de Edipo y se apresura á tranquilizarle; Merope no es su madre ni Polibo su padre; el oráculo se acelera; el misterioso hijo del Citeron con los pies hinchados se descubre. Un oscuro testigo mas, y todo se habrá aclarado. « ¡No averigües mas, infeliz! grita la verdadera madre de Edipo, que ya ha comprendido todo.

Una palabra ha mostrado á Yocasta en qué la han convertido los dioses, y qué quieren de ella; por lo cual grita á Edipo, que está sordo y no ve en el misterio del Citeron sino una miserable cuestión de paternidad, de descendencia:

Ἰού, ἰού, δούστην τοῦτο γὰρ σ' ἔχῃ  
Μόνον προσειπεῖν, ἄλλο δ' οὐ ποτ' ὕστερον;

« ¡Ay! ¡Ay! ¡Desventurado! esto es todo lo que puedo decirte y te diré por la última vez; » en seguida se aleja. El coro no sabe á qué atribuir la desesperación de Yocasta; sin embargo, cree adivinar que ha llegado el tiempo de las revelaciones, pues que el silencio de esta mujer durante el coloquio de Edipo y del mensajero era demasiado significativo. El coro augura mal.

Pero Edipo no ha comprendido las últimas palabras de Yocasta, y dándole diverso significado, se figura que esta le desprecia como superior á él por el nacimiento. Lejos de conocerse, inuéstrase vanidoso este hijo de la fortuna, este expósito de la montaña, á quien los meses, *sus padres*, como él los llama, han hecho grande de pequeño que era. Edipo tiene el orgullo de un rey que ha conquistado su reino. Por lo demas, olvida las predicciones de parricidio tan tristemente renovadas, y la curiosidad y no el temor le estimula á sondar el misterio de su nacimiento. ¡Otra peripecia, la última! ¿Quién es, pues, este Edipo? ¿Quizá el parto de alguna hija de Apolo sorprendida por el dios